

Los petroglifos de Turulaca en el contexto del arte rupestre regional de Tacna

JESÚS GORDILLO BEGAZO

1. Los antecedentes y el marco teórico:

El análisis científico de los petroglifos de los valles del Caplina, Sama y Locumba, se ha centrado en explicar su razón funcional cultural de acuerdo a patrones mágico-religiosos fundamentales, accionando una tarea descriptiva y tipológica.

Los antecedentes más antiguos de la literatura sobre los petroglifos en la región de Tacna se remontan a los datos ofrecidos por viajeros europeos, como Alcides D'orbiny (1826) quien menciona estas evidencias en su libro «Viajes a la América Meridional»; Antonio Raymondi, quien informa de la existencia de petroglifos en la hacienda de San Antonio, valle de Locumba (tomado de cavagnaro, 1986:41-42); y como E. George Squier, quien en su obra «Un viaje por tierras Incaicas, Crónicas de una expedición arqueológica (1863-1865)», describe un petroglifo hallado cerca del pueblo de Palca. Squier refiere que:

«...justo antes de entrar en este valle, a la derecha del sendero mula, dimos con una roca o canto rodado cubierto de figuras. Observé gran cantidad de círculos y semicírculos, algunas figuras angulares y toscas representaciones de llamas, mulas y caballos, burdamente talladas en la roca ferruginosa. Las últimas no parecían más recientes o modernas que los primeros y todos daban la impresión de que podría haber sido labrados en la piedra ayer por la misma mano...» (Squier, 1974).

Las propuestas iniciales de cronología y vinculación socio-cultural sobre los petroglifos de Tacna, están referidas con mayor certeza para el sitio de «Miculla», sitio arqueológico de una impresionante concentración de bloques pétreos con grabados que ocupan un área de aproximadamente 20 km². Isabel Flores (1979) y Oscar Ayca (1979), mediante trabajos considerados por ellos mismos como primordiales, analizaron los petroglifos de Miculla vinculándolos a la época de los Desarrollos Regionales Costeros Tardíos (1100-1445 años E. C.) que emergieron en los valles de Tacna, y a pueblos con rasgos de origen altiplánico-puneño. Infieren situaciones culturales con características rituales, propias de la cosmovisión del mundo andino ayмара.

Sobre la base de la propuesta de John V. Murra (1975), se desencadenaron diversos intentos por explicar los procesos del poblamiento en los valles de Tacna, fundamentalmente en los Desarrollos Regionales Tardíos e Inka (Trimborn 1975; Ayca 1987; Lumbreras 1974; y otros).

El modelo económico de la «verticalidad» en el mundo andino, reconoce preferentemente una colonización directa de poblaciones para mantener un acceso a las zonas discontinuas ecológicas. Sin embargo, existen otros mecanismos «indirectos» que contemplan el intercambio y la interacción bajo procesos de parentesco, trueque a gran distancia, comercio, mecanismos de mercado, contactos entre hélices, etc. (Stanish 1990). Este último fundamento parece reproducirse en las cabeceras del valle de Moquegua, a través del Periodo Estuquiña -desarrollo Post

Tiwanaku- (Stanish 1990) y el denominado estilo de Sitajara para los valles de Tacna (Gordillo 1989 b). Tanto la cerámica como los modelos de asentamientos en Estuquiña y Sitajara, no responden a rasgos de origen directo de colonos Lupaca - altiplano puneño, desvirtuando, al parecer, la tradicional hipótesis que los sitios ubicados en los valles serranos y costeros del sur fueron colonias Lupacas. Parece que la tradición Estuquiña y Sitajara logra consolidar una identidad étnica y económica que les permitió desarrollar un régimen de interacción interzonal auténtico sin presión política vertical y longitudinal (Gordillo, 1989).

La presencia de elementos costeros en las cabeceras de la cuencas del Caplina, Sama y Locumba, y viceversa, han podido constatarse en sitios como Peañas, Cristo Rey, Miraflores, Palca, Causuri y otros (cuenca hidrográfica del río Caplina); Coruca, Estique, Paramarca, Capanique y Pukara (cuenca hidrográfica del río Sama); y el sitio del Chejaya y Chitune en la cuenca hidrográfica del río Locumba. Consecuentemente, esta recurrencia nos permite sospechar la existencia de una estrecha relación económica entre poblaciones de ambos ecosistemas, anteriormente subestimada.

No se descarta la posibilidad, por ejemplo, que pobladores de los estilos tardíos costeros denominados San Miguel, Pocomá y Gentilar hayan ocupado ciertos espacios productivos ubicados a 3,000 m.s.n.m., fuera de su hábitat de origen; sustentando de esta manera el viejo modelo de la complementariedad económica. Es de suponer, entonces, una enorme movilidad de grupos con fines económicos, entre cosa y valles serranos, conectada también a espacios altiplánicos. Habrían inaugurado rutas o retomado aquellas construidas durante la ocupación Tiwanaku, interconectadas en diversas direcciones de corto y largo aliento. Por lo tanto, las rutas son un claro indicador del contacto interzonal de evidentes fines socio-económicos, políticos (aún no muy claros) y culturales. En esa perspectiva, estimamos prudente, por el momento, plantear para Tacna la probabilidad que los sitios con petroglifos puedan presentarse como indicadores para entender el tráfico e interrelación económica micro-regional.

Los estudios sobre petroglifos en Tacna han acumulado una breve bibliografía, que indudablemente urge incrementar. Son importantes los apuntes de Max Neyra (1967), Cohaila (1970), Trimborn (1975), Flores E. (1979), Paucar (1986), Gordillo (1986), Ravines (1986) y recientemente las investigaciones y aportes más profundos de Núñez Jiménez (1987), Gordillo y López (1987b), Ayca (1987), Cavagnaro (1986) y Gordillo (1989; 1996; 2001). A ellos, se suman las observaciones pioneras de ilustres viajeros europeos y americanos del siglo XIX.

Las propuestas iniciales de cronología sobre los petroglifos en Tacna manifiestan una filiación que se remonta desde el periodo Tiwanaku hasta entrada la colonia hispana (Gordillo 1996, Ayca 1987, Gordillo y López 1987a, 1987b) asociado preferentemente a

manifestaciones de orden ideológico o mágico-religioso. Sin embargo, al margen de la importancia de los estudios en Miculla y del intento de su explicación histórica revelando una vinculación a patrones ideológicos, es posible la inclusión de Miculla y demás «estaciones» de petroglifos ubicados en el contexto de los valles de Tacna, dentro de la correspondencia petroglifos-tráfico. Esta tesis es fundamentada profusamente por el investigador Lautaro Núñez Atencio, para los valles del norte de Chile (Núñez 1976; 1985), sustentando que los petroglifos y geoglifos (situados eventualmente entre los 700 a 1450 años E. C.) son una suerte de indicadores o derroteros de rutas de tráfico formuladas por los caravaneros o traficantes andinos, durante sus desplazamientos a corta o larga distancia con el propósito esencial de activar una interacción económica y cultural inter-valle e Inter-ecozonas, bajo modelos de complementariedad vertical y longitudinal.

Para los valles de Tacna resulta coherente considerar la tesis de Lautaro Núñez, en cuanto que las concentraciones de petroglifos ubicadas hasta la fecha, frecuentemente aparecen asociadas a rutas o caminos que interconectan diversas zonas ecológicas a distintos niveles de altura, espacios semiáridos y conjunto de asentamientos aldeanos (desde Tiwanaku hasta Inka) ubicados en el curso de los valles hasta sus cabeceras.

La relación costa-altiplano esta difundida por diversos investigadores (Giorgio y Mayer, 1974, Cúneo V. 1977, Flores O. 1975, J. Murra 196 y 1972, Pease 1981 y 1982, Masuda 1981, y otros), quienes han contribuido a definir los múltiples aspectos internos y externos de este mecanismo andino, enmarcado dentro del modelo de intercambio, redistribución y reciprocidad. Este fenómeno de movilidad giratoria permitió un activo circuito de intercambio de bienes y servicios, configurando una red de contactos económicos y armonía social que permitió asegurar la continuidad del «esquema» (Núñez y Dillehay 1978).

Al margen de la validez histórica del planteamiento del investigador Lautaro Núñez, de vincular los petroglifos y geoglifos al tráfico de caravaneros, el caso de los petroglifos de Miculla va más allá de lo esbozado por Núñez. Postulamos la hipótesis de configurar o concebir al sitio arqueológico de Miculla como un gran centro cultural vinculado a las prácticas rituales del culto al agua y la fertilidad, esencialmente.

La propuesta del carácter mágico-ritual para los petroglifos de Miculla, tiene su antecedente, cuando Ayca y Cohaila coinciden en argumentar que los diseños y escenas obedecen a actos propiciatorios en beneficio de alguna comunidad, cuyas representaciones pueden insinuar la exteriorización de determinadas inquietudes, el intento de liberación espiritual, algún compromiso místico-religioso, la síntesis de su visión cósmica del mundo (Cohaila, 1970). Dichas investigaciones no definen claramente que objetivos o realidades se persigue cuando se realizan las rogativas mediante los actos propiciatorios, representados por las figuras grabadas en las piedras; es decir, qué se «da» y qué se espera «recibir».

El valle del Caplina, por encontrarse en un ambiente ecológico semiárido adolece frecuentemente del recurso hídrico, lo que dificulta y restringe el incremento del agua, limitando la expansión de la frontera agrícola. Este mal natural es soportado año tras año, obligando a los campesinos del valle a subsanar

esta deficiencia mediante el aprovechamiento de la tierras de estiaje, ocupadas en las épocas de avenidas o crecidas de agua; fenómeno dado durante los meses de diciembre a marzo cuando llueve en la cordillera.

Es de suponer que en épocas prehispánicas, las poblaciones asentadas en el valle tuvieron los mismos inconvenientes. Así podríamos entender la ubicación estratégica de los Tiwanaku en las zonas de Calientes y Tucuco, consideradas como las cabeceras del Valle medio (a partir de estos lugares se inicia el ensanchamiento del Valle del Caplina), con el propósito de establecer el control del agua repartida valle abajo. El hecho de controlar el agua, elemento de vital importancia en la economía del valle, implica que se ejercía de alguna manera también el poder. Al respecto, el historiador Rómulo Cúneo Vidal sostiene que la concentración del poder o control del agua se encontraba en la Llacta de Pachia (lugar muy próximo a nuestra zona de estudio), término que «...procede de Pachia voz de la lengua aimara que expresa repartir, valle abajo, las aguas de un río represado... bajo la vigilancia de los caciques grandes...» (C. Vidal, 1977:315. Ob. Cit.).

Indudablemente cualquier acto de beneficio a favor del incremento o control del agua, dentro del carácter beneficiario que ella arrastra, es más que importante y así justificable «la angustia», pues los condujo a crear un mundo mágico con atribuciones benefactoras que supieran satisfacer los pedidos implorados; fenómenos de la cultura difícil de analizar y esquivo a la sistematización racional (Silva, 1877:359).

Las creencias míticas y mágico-religiosas derivan de una elaboración mental resultante de hechos sociales, que determinan formas de comportamiento como circunscritas a una esfera puramente ideal, al contrario, entender que existe una profunda e inseparable correspondencia entre estas formas de creencia y actitud y los demás aspectos de la vida social, por lo demás fácilmente demostrable (Silva, 1977:361). Los mitos, como las prácticas y creencias mágico-religiosas se encuentran formando parte del contexto general de la ideología y cumplen funciones específicas en el seno de las diferentes sociedades. Las ideas comúnmente compartidas constituyen el ambiente artificial de cualquier sociedad humana y las sociedades se comportan y reaccionan frente a su ambiente natural (Silva, 1977:316). Esa «manera de ver» corresponde a la manera de ser del individuo y su grupo social (Lumbreras, 1981:147), conducta humana conformante de la ideología, que está constituida por todo aquello que es expresión subjetiva de la realidad, por todo aquello que depende de nuestra capacidad de apreciar y conocer; está constituida por el conjunto de hábitos y costumbres que transmitimos a través del aprendizaje y la enseñanza. Cada cambio en la actividad económica o en las relaciones de esta actividad afecta a nuestras costumbres, a nuestra «manera de ver»; afecta nuestra acción social, y en consecuencia puede afectar a las actividades económicas y las relaciones sociales que implica dicha actividad (Lumbreras, 1981:147).

La ideología se expresa materialmente y aquí si es responsabilidad del arqueólogo, cuando trata o aborda este tópico cultural. Antes de elaborar raciocinios pertinentes es recomendable nacerlos apoyados en una buena idea de la «base», es decir, de aquellos

materiales que por sus características contextuales nos va a permitir poder reconstruir esta «base».

Los indicadores materiales para entender la ideología de los pueblos prehispánicos se conectan a expresiones artísticas (vinculadas a contextos ceremoniales definidos), tumbas, templos, altares, etc. Desde esta perspectiva arqueológica creemos que el «Complejo Miculla» puede ser objeto de un análisis al respecto, puesto que la «base» y la idea de ésta, lo permite.

En el Complejo Miculla, sorprendentemente, como ya lo hemos anotado, se desarrolla un cuadro asociativo de elementos culturales que se vinculan estrechamente: promontorios ceremoniales, tumbas, terrenos de cultivo, canales de riego, caminos, geoglifos, petroglifos, cerámica, objetos líticos y otros no determinados. Todo este contexto, asociados además al mallku Wawapas (cerro tutelar de la Pampa de Miculla, en cuya cima existen estructuras de piedra aún no registradas arqueológicamente) y a la característica fisiográfica sugerente del sitio, nos permite validar nuestro propósito de plantear la tesis aludida.

2. Los petroglifos y las cuencas hidrográficas

Entregamos tres casos que explican la relación de sitios arqueológicos con el tráfico interregional, la ritualidad y su contextualización arqueológica.

Primer caso, cuenca hidrográfica del valle Caplina

La cuenca del río Caplina tiene una extensión aproximada de 3425 Km², siendo el 23% (820 km²) la dominada cuenca «imbrífera» o «humeda», llamada así por encontrarse por encima de la cota de los 3900 m.s.n.m. límite inferior fijado al área que se estima contribuye al escurrimiento superficial (ONERN 1976). El Caplina nace en el nevado de Achacollo, a 5690 m.s.n.m. y al ingresar a Tacna toma un rumbo de noreste a sur-oeste, donde sus aguas se pierden por infiltración, evaporación y uso total; es ahí, donde recibe las aguas del Yungane o Uchusuma (Peñaherrera del Águila 1984). Se asocia a dicha cuenca la quebrada de Palca, que se traduce quizás en el abra natural más importante para la intercomunicación con el altiplano. Se dice, que es el corredor más corto que existe entre la cordillera y el Pacífico.

La literatura arqueológica sobre el Caplina se torna generosa con relación a las demás cuencas de la región. Los aportes de Max Uhle (1919) y los trabajos recientes del Proyecto Catastro Arqueológico de Tacna, que venimos desarrollando desde 1988, permiten plantear para la cuenca del Caplina un esquema cronológico relativamente sugerente. Observamos un desarrollo que se remonta desde el Periodo Formativo representando por el sitio «El Atajo» (registrado recientemente por nosotros: PCAT-INC-T), con una datación relativa aproximada de 600 años a. E. C., luego tenemos la «Población de Túmulos» que estaría emparentada tentativamente con la fase Alto Ramírez del valle de Azapa-Arica, que se prolonga hasta los 500 años E. C. aproximadamente. Inmediatamente encontramos en el valle la ocupación Tiwanaku y posteriormente a los Desarrollos Locales Tardíos. En 1470 E. C. la cuenca del Caplina es incorporada al imperio Inka.

La base económica del Caplina es la agricultura, alternada con recursos del litoral y productos tanto

de sus cabeceras alto andinas como del mismo altiplano tacneño. Fue muy codiciado el zapallo, el ají, el maíz, algunos frutales y posiblemente la coca, tal como lo advierte Cúneo Vidal (1977). La generación de dichos productos motivó, sin duda, excedentes altamente cotizados por los asentamientos de altura e incluso de aquellos de economía marítima. En contrapartida los altiplánicos y marítimos ofertaban la lana, papa deshidratada (chuño), quinua, carne deshidratada (charqui) y, recursos marinos frescos y procesados.

Es de sospechar, entonces, una activa interrelación de elementos de consumo que debieron cumplir trascendental importancia y vigencia permanente, generando conductas culturales asociadas y anexas como los actos mágico-religiosos, traducidos en la formación de las apachetas, presencia de *Mallkus* y *Achachilas* y la formulación de simbolismos a manera de gráficos mágico-religioso, representados en piedras y/o superficie del suelo.

En la cuenca del Caplina conocemos varias «estaciones» de petroglifos estrechamente asociadas a rutas de tráfico. Los casos de los petroglifos de Miculla (Flores 1979, Núñez Jiménez 1987, Ayca 1987, Gordillo y López 1987b), Pachia, Calana, Piedra Blanca, Pocollay y Las Vilcas (sitios registrados por el PCAT) están conectados directa o indirectamente a la ruta troncal que intercomunica el valle con los valles precordilleranos y el altiplano puneño vía la quebrada de Palca; esta ruta, que fuera descrita, entre otros por el diplomático norteamericano George Squier durante su expedición en 1863-1885, toma tres direcciones al ingresar al valle del Caplina que prácticamente abrazan la cuenca en toda su magnitud. El primer ramal se extiende hacia Calientes, el segundo se denomina el «camino de valle» que corre por toda la cuenca, y la tercera ruta bordea los cerros Wawapas y Pachamama hasta conectarse con el valle a la altura del sector de «Cerro Blanco», valle medio del Caplina (Gordillo y López 1987b).

Entre la misma ruta a altura de los Kms. 26 y 27 (hoy convertido en tramo afirmado de la futura carretera Tacna-Collpa-La Paz) se han registrado «estaciones» de petroglifos con representaciones de escenas de tráfico (conjunto de camélidos con carga, alineados y comandados), muy frecuentemente observada en todos los sitios con petroglifos ubicados a la fecha en la cuenca del Caplina. Por otro lado cabe anotar con suma satisfacción, la visibilidad de gran parte del tramo caminero prehispánico de Palca, con todas las características de la tecnología vial Inka. El camino, hacia la desembocadura del calle, tiene un ancho de 5 a 8 metros, en partes esta completamente enlozado y delimitado por muros de piedras de mediana altura; generalmente su trazo es zigzageante, asociado a estructuras de piedra de planta rectangular y a acumulaciones de piedras (apachetas) cada cierta distancia (usualmente en puntos altos del camino). El caso del tambo y apacheta de Huaylillas, en las faldas del Tacora, es elocuente.

George Squier, cuando transitó la ruta de Palca rumbo a Puno y Tiwanaku, registró algunos petroglifos ubicados a la entrada del poblado de Palca junto al camino, con representaciones de camélidos y figuras humanas. Squier refiere que «... una roca o canto rodado cubierto de figuras. Observé gran cantidad de círculos y semicírculos, algunas figuras angulares y toscas

representaciones de llamas, mulas y caballos ...» (Squier 1974). Además, durante su recorrido describe la presencia de tambos, apachetas, asentamientos habitacionales y cementerios, todos ellos de data pre-hispánica.

Siguiendo la ruta, entre los pequeños vallecitos de Causuri y Palquilla, junto con el arqueólogo Manuel García Márquez registramos recientemente (1989) dos rocas grabadas con representaciones de aves, zorros, camélidos, figuras humanas, círculos y líneas serpenteadas.

Hacia el lado NW de Palca se encuentra el valle del Caplina (sector alto). Aquí el investigador alemán Hermann Trimborn (1975) reporta la existencia de petroglifos con representaciones de camélidos en el sector de Tocuco, muy cerca al complejo habitacional denominado también Tocuco, perteneciente al Intermedio Tardío o Desarrollos Regionales Costeros Tardíos. Kilómetros más arriba, en el lugar denominado Challatita (próximo al sector «La Mina»), se nos informa de una monumental roca de tres metros de altura cubierta completamente con diseños diversos y escenas complejas, en donde prevalecen las representaciones de camélidos asociados a la figura humana. Los investigadores Ravines (1986) y Núñez Jiménez (1987) al describir dicho petroglifo resaltan la minuciosidad del trabajo artístico desplegado. Ambos sitios están íntimamente vinculados a espacios semiáridos, conjuntos habitacionales aterrizados (intermedio Tardío e Inca), áreas restringidas para la actividad agrícola, conjunto de colcas (Trimborn 1975) y en especial a un camino o ruta que se desplaza hasta los altos del Caplina, conectándose simultáneamente con los valles precordilleranos del SW de la cuenca hidrográfica del río Sama (sectores de Talabaya, Estique, Tarucachi, Tarata, Ticaco y otros).

Antes de ocuparnos de los casos de sama y Locumba, queremos detenernos en aquella ruta pre-hispánica que intercomunica directamente los espacios precordilleranos de Tarata y Candarave con el valle del Caplina, a través del corredor natural denominado «Quebrada Seca» que toca los sectores de Huacano, Chero, Quilla, etc. Viejos arrieros (versiones orales) manifiestan haber observado varias piedras con grabados de camélidos y figuras humanas, información que esta por confirmarse: sin embargo, asumimos la información como dato confiable, teniendo en consideración la potencial importancia del camino en la vida de interacción económica que siempre existió entre Tacna y Tarata desde épocas pre-hispánicas hasta la actualidad.

Segundo caso, cuenca hidrográfica del valle de Sama

La cuenca del Sama tiene una longitud de 4645 km², correspondiendo 635 km² a la cuenca húmeda, ubicada por encima de los 3900 m.s.n.m., cota fijada como límite de la cuenca seca a partir de la cual puede considerarse que la precipitación pluvial es un aporte al escurrimiento superficial. Su descarga es irregular debido a la fluctuación de las precipitaciones pluviales, fenómeno que repercute en el aprovechamiento de las áreas agrícolas netas. El grado de concentración de las descargas del río, notorio en los meses de enero, febrero, la mitad de marzo, pertenecientes al periodo de avenidas, disminuyendo sensiblemente

durante los meses subsiguientes que dura el estiaje. El Sama, tiene un recorrido de aproximadamente 160 km. desde sus nacientes en el río Cano a una altitud de 5050 metros s.n.m.

El agua azufrosa del Sama ha contribuido a que el valle sea deficitario en la producción de frutales y calabazas fundamentalmente, pero generoso para el cultivo de maíz, algodón, ají y en gran escala para la producción de alfalfa como forraje para el ganado vacuno. Suponemos la plantación de cocal en la zona de Coruca, «la línea de la coca» de acuerdo con la información de Cuneo Vidal (1977).

Los antecedentes arqueológicos del Sama nos «hablan» de una ocupación que posiblemente se remonta a épocas del arcaico, representado por el sitio «El Calvario» en la desembocadura al mar. El Calvario (sitio prospectado por Carlos Vela y Daniel Lavalle), parece representar un área doméstica de grupos de pescadores y recolectores de recursos marinos, que en algún momento estarían accediendo a recursos de valle una vez consolidada su actividad marítima. Los trabajos de Trimborn (1975), Universidad Católica de Arequipa (1972, informe inédito), los apuntes de Isabel Flores E. (1969) y las prospecciones y exploraciones realizadas por el suscrito a través del Dpto. de Arqueología del Instituto Nacional de Cultura de Tacna, desde 1984, sustentan una ocupación extensiva e intensiva del valle.

Información más confiable documentan para Sama una secuencia cultural que parte desde Tiwanaku hasta la presencia Inka. Los registros arqueológicos en sus cabeceras son elocuentes, dada la inexistente información que hasta entonces había. Son importantes los sitios Inka (Los Hornos, Yalata, Sama La Antigua, Capanique, Kanamarka, Huankarani y Quile) y las expresiones de asentamientos locales con identidad étnica (Gordillo 1989b). El «Camino de la Costa», como lo suelen llamar los lugareños de la cuenca, sobre el amplio trayecto del valle, es el mismo que recorrió el visitador Don Garcí Diez de San Miguel en 1567, para trasladarse de Sama a Tarata.

Los reportes de petroglifos para la cuenca del Sama aún son escasos. Conocemos la existencia de «estaciones de petroglifos» - por versiones orales- en el tramo del camino que une al poblado de Coruca con Chucatanani (2400 m.s.n.m.). Como resultado de una prospección en el sector de Coruca (1800 m.s.n.m) realizada en 1998, ubicamos en la «Quebrada Gil» tres bloques con diseños que presentan desplazamientos de camélidos en dirección SW, un balsero y otras figuras que al parecer indica redes de caminos (derroteros), canales y chacras. El sitio se asocia al «Camino de la Costa», a la ruta secundaria que partiendo de Coruca enrumba al valle de Locumba y a una extensa zona doméstica aterrizada con filiación cultural para los Desarrollos Regionales Tardío (estilos cerámicos Pocoma, Gentilar y Sitajara).

Uno de los principales atractivos económicos para la cuenca del Sama fue el Morro de Sama, para la extracción del «Guano de Isla», que por cierto, junto con los recursos de lomas y del mar, resultaron motivo suficiente para la inauguración ineludible del tráfico de bienes.

En el poblado de Tarata (valle pre-cordillerano ubicado a 3064 m.s.n.m), gracias a la información de miembros de la Municipalidad Provincial, se ubicó un conjunto

de petroglifos en el Cerro Anajiri, asociados a un trazo caminero, andenes y estructuras de planta rectangular. Los grabados guardan las mismas características, en cuanto a técnica y diseños, a los registrados en Miculla, San Antonio, Alto el Cairo y Quebrada Gil.

Tercer caso, Cuenca hidrográfica del valle locumba

Locumba es la cuenca más extensa de Tacna, tiene aproximadamente 5,900 km², y la longitud de su recorrido es de 170 km. aproximadamente. Tiene sus nacientes en el departamento de Moquegua, en los cerros Oquelaca y Chanane a 5000 m.s.n.m. su fuente colectora le permite un escurrimiento artificial bastante regular. Alcanzando a desembocar fácilmente al Pacífico durante todo el año.

Las condiciones agrícolas del valle son reconocidas al igual que la calidad de sus aguas. Durante la colonia la industria vitivinícola fue exitosa, produciéndose un nutrido y auspiciador clima comercial con el altiplano y la mina de Potosí. Arqueológicamente el valle aún permanece casi inédito, salvo algunas anotaciones de Isabel Flores E. (1969) y últimamente las exploraciones realizadas por los arqueólogos del Instituto Nacional de Cultura de Tacna, que motivaron la elaboración de dos trabajos preliminares para la época Tiwanaku (Gordillo 1987, Gordillo y López 1987a).

Las evidencias de petroglifos son prolijas, se han registrado significativos sitios como: San Antonio (Cohaila 1970, sitio reconocido por el suscrito en 1990, ubicando un promedio de 150 petroglifos en el sector denominado «Quebrada del Diablo»). Puente de Locumba (Linares 1968, Ravines 1986), Cuaylata, Quebrada del Diablo, Alto Cairo (Mirave), y los petroglifos de Colocaya en Ilabaya y Culumbraya (sitios revisados por el suscrito y citados por Cohaila 1970; Paucar, 1986 y Gordillo 1987). El año 2005, a través del proyecto de inventario turístico de Ilabaya se registró los petroglifos de Turulaca ubicados al norte de Mirave.

Muchos de los sitios mencionados están asociados a asentamientos domésticos Tiwanaku (San Antonio, Quebrada de Diablo, Cuaylata, Alto el Cairo) y al camino troncal del valle que interconecta a Locumba con los valles pre-cordilleranos de Cambaya, Cairani, Camilaca, cuenca del río Curibaya, Quilahuani, Talca y Candarave, rumbo al altiplano siguiendo el camino que bordea el lado sur de los faldeos del volcán Yucamani.

En todos los poblados mencionados, líneas precedentes, se han registrado sitios habitacionales conectados a inmensos complejos de andenería, pertenecientes a los Desarrollos Regionales Tardíos y la época Inka.

3. Los petroglifos de Turulaca

El sitio arqueológico de Turulata se encuentra ubicado en el CPM de Mirave, distrito de Ilabaya, provincia de Jorge Basadre Grohman, departamento de Tacna. Se accede al lugar por la trocha carrozable de Mirave a Toquepala, desde donde se desprende un sendero peatonal cuyo recorrido es de aproximadamente 45 minutos hasta llegar a una terraza fluvial con grandes bloques de tobas volcánicas desprendidos del cerro Turulaca de la formación Toquepala y Huayllillas. La terraza fluvial de Turulaca se encuentra sobre la cabecera del río Cinto. En aproximadamente trece

bloques se han grabado una serie de diseños zoomorfos, antropomorfos, figuras geométricas y escenas de caravaneros de llamas. La representación de los camélidos son las más profusas, cuyos diseños figurativos a manera de llamas esquemáticas se asemejan a la iconografía Inka. La figura humana es diseñada en estrecha asociación a los camélidos y otros cuadrúpedos que parecen representar a cánidos. Los dibujos geométricos son círculos concéntricos, grecas y líneas quebradas distribuidas horizontalmente. Los bloques usados para los grabados tienen medidas desde los 6 metros de alto por 10.50 metros de largo, pero en promedio superan los 3.50 metros de largo por 3 metros de alto. Las figuras tienen un promedio de 20 a 30 cms de tamaño. Algunos paneles superan los 4 metros de largo. En uno de los bloques aparece grabado un personaje de 40 cms de alto con un prominente tocado cefálico, con los brazos extendidos hacia arriba y las piernas separadas. Este personaje está orientado al NE y al parecer se trataría de la representación del «principal» de la aldea.

Tal como sucede en los petroglifos de Miculla, San Antonio en Locumba y los petroglifos del norte chileno, las figuras de personajes con tocados cefálicos representan a personalidades importantes del grupo social involucrado. En consecuencia, el personaje de Turulaca conocido como «El Turulaco», podría tratarse de la representación simbólica del «principal» de la *Marca o Ilacta* de Mirave, de pueblos de los Desarrollos Regionales Tardíos e Inka. De otro lado, el sitio de Turulaca se encuentra asociado a la ruta prehispánica que conecta los altos de Ilabaya con el valle de Cinto, que es un de los tributarios del río Locumba. ¿Estamos frente a un santuario de culto al agua y la fertilidad?, ¿o son la impronta de osados rutereros de la región, que accedían a los valles bajos de la cuenca hidrográfica de Locumba? Lo cierto es que estos «lienzo gigantes» de arte han pasado a incrementar el valioso patrimonio rupestre del sur peruano.

Jesús Gordillo Begazo

Arqueólogo

Universidad Privada de Tacna / Centro de Altos Estudios de Turismo Tacna (CAETT).

Bibliografía

- ACOSTA, Joseph de. 1954. Historia Natural y Moral de las Indias. *Biblioteca de entonces desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*. T.LXXXI. Ediciones Atlas, Madrid.
- AYCA GALLEGOS, Oscar. 1979. Los petroglifos de Miculla. Informe mecanografiado (1986). Instituto Nacional de Cultura, Departamental Tacna.
- AYCA GALLEGOS, Oscar. 1987. Inventario de Descripción Iconográfica de los Petroglifos de San Francisco de Miculla, Área noreste. En J. Gordillo y Marko López (eds.), *Arte Rupestre: Miculla el Valle de las Piedras Grabadas*. Instituto Nacional de Tacna.
- BRIONES, Luis. 1984. Fundamentos para una metodología aplicada al relevamiento de los geoglifos del Norte de Chile. *Revista Chungara* 12.
- BRIONES, Luis. 1984. Definición y comportamiento estilístico de los geoglifos de Cerros Pintados. En: *Estudios de Arte Rupestre*. Museo Chileno de Arte Procolombino, Santiago.

- CANÉ, Ralph E. 1984. La adoración de montañas y la interpretación de algunos geoglifos y petroglifos de quebrada Aroma-Chile y Pampa Nazca-Perú. En *Estudios de Arte Rupestre*. Museo de Arte Precolombino, Santiago.
- CAVAGNARO ORELLANA, Luis. 1984. *Materiales para la historia de Tacna*. Tomo I, Cultura Autóctona. Editado por la Cooperativa San Pedro de Tacna.
- COHAILA TAMAYO, Luis. 1970. Petroglifos. *Killca*, Año 1.
- CUNEO VIDAL, Rómulo. 1977. Historia de los Cacicazgos Hereditarios del Sur del Perú. En Ignacio Prado Pastor (ed.), *Obras Completas*, pp. 295-489. Lima.
- DAULSBERG, Percy y Calogero SANTORO. 1985. Identificaron de indicadores tempo-culturales del extremo norte de Chile. En *Estudios de Arte Rupestre*, Museo de Arte Precolombino, Santiago.
- FLORES, Isabel. 1969. Informe preliminar sobre las investigaciones arqueológicas en Tacna. En *Mesa Redonda de Ciencias Pre-Históricas y Antropológicas*, pp. 259-302. Instituto Riva Agüero. Lima.
- FLORES, Isabel. 1977. Los petroglifos de San Francisco de Miculla, Tacna. En: *Arqueología Peruana. Seminario de Investigadores Arqueológicas en el Perú*. Lima.
- FLORES OCHOA, Jorge. 1973. El reino Lupaca y el actual control vertical de la ecología. *Historia y Cultura* 6: 195-202.
- FLORES OCHOA, Jorge (Compilador). 1974. *Pastores de Puna*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- GIORGIO, Alberti y Enrique MAYER. 1973. Reciprocidad Andina: Ayer y Hoy. En, A. Giorgio y E. Mayer (compiladores), *Reciprocidad e Intercambio en los Andes Peruanos*. Perú Problema, 12. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- Gomez, Belisario. 1861. *El coloniaje*. Imprenta el Porvenir.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús. 1985. Alto el Cairo: un sitio con evidencia Tiwanaku. *Hola Juventud* (2)1.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús. 1989a. Petroglifos y Tráfico: un caso de interacción micro-regional en el ámbito de los valles de Tacna. *Hola Juventud* 4-5.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús. 1989b. *Estudio Arqueológico en Sitajara, Yabroco y Susapaya (cabeceras del valle de Sama, Dpto. de Tacna)*. Tesis Universitaria. Facultad de Arqueología de la Universidad Católica de Arequipa.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús. 1992. Petroglifos y Tráfico: un curso de interacción micro-regional en el ámbito de los valles de Tacna, Perú. *Boletín SIARB* 6.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús. 1993. *Inventario, Catastro y evaluación de sitios arqueológicos en el valle medio del río Caplina, Tacna*. Tesis Universitaria (603 Págs.). Facultad de Arqueología de Universidad Católica de Arequipa.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús. 1996. *Miculla, petroglifos; la magia de los signos*. EPF Editores, Tacna.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús y Marko LOPEZ HURTADO. 1987a. Evidencias Tiwanaku en los valles del Caplina, Sama y Locumba: un análisis preliminar. Ponencia presentada al Simposio Emergencia y Desarrollo Tiwanaku. Universidad de Tarapacá. Arica, Chile.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús y Marko LOPEZ HURTADO. 1987b. Indicadores culturales en el Complejo Arqueológico de San Francisco de Miculla: una aproximación. En *Arte Rupestre: Miculla el Valle de las Piedras Grabadas*. INC, Tacna.
- GORDILLO BEGAZO, Jesús y Manuel GARCÍA MARQUEZ. 1984. Arquitectura funeraria y análisis contextual de algunas tumbas de Peañas: breve comentario. *Mallku* 1.
- GORDON, Américo. 1985. El símbolo de los petroglifos «Caras Sagradas» y el culto al agua y de los antepasados en el Valle el Encanto. En *Estudios de Arte Precolombino*, Santiago.
- IRRIGAR, J. 1968. Dispersión de las figuras Rupestres en el Norte de Chile (petroglifos, pictografía y geoglifos). En *Actas y memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Mar del Plata, Buenos Aires.
- KESSEL, J. Van. 1973. La pictografía Rupestre como imagen votiva. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- LINARES MÁLAGA, Eloy. 1968. El arte rupestre en el sur del Perú. En *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Mar del Plata, Vol. II, pp. 379 - 389. Buenos Aires.
- LUMBRERAS, Luis Guillermo. 1973. Los reinos Post-Tiwanaku en el Área Altiplánica. *Revista del Museo Nacional*, Tomo XXXL: 55 - 85.
- LUMBRERAS, Luis Guillermo. 1979. *La Arqueología como Ciencia Social*. Editorial Peisa. Lima.
- MASUDA, Shoso. 1979. *Estudios Etnográficos del Perú Meridional*, Universidad de Tokio, Japón.
- MURRA, John. 1964. Una apreciación etnográfica de la Visita. En García Diez de San Miguel, *Visita Hecha a la Provincia de Chucuito*, pp. 419-444. Casa de la Cultura. Lima.
- MURRA, John. 1972. El «control vertical» de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Visita de la Provincia de León de Huanuco en 1562*, pp. 427-476. Universidad Hermilio Valdizan. Huanuco, Perú.
- MOSTNY, Grete. Función y significado del Arte Rupestre. En *Estudios de Arte Rupestre*. Museo de Arte Precolombino, Santiago.
- MOSTNY, Grete y Hans NIEMEYER. 1983. *Arte Rupestre Chileno*. Publicación del Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, Santiago.
- NIEMEYER, Hans. 1985. Variaciones de los estilos del Arte Rupestre en Chile. En *Actas de VII Congreso de Arqueología de Chile*. Volumen II. Santiago.
- NUÑEZ JIMENEZ, Antonio. 1985. *Petroglifos del Perú, Panorama Mundial del Arte Rupestre*. Editorial Científico Técnica. La Habana.
- NUÑEZ ATENCIO, Lautaro. 1973. Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto Chileno. En *Tomo en Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige*, pp. 147 - 201. Universidad del Norte. Antofagasta, Chile.
- NUÑEZ ATENCIO, Lautaro. 1985. Petroglifos y tráfico en el desierto Chileno. En *Estudios de Arte Rupestre. Primeras jornadas de Arte Rupestre y Arqueología*: 243 - 264. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- NUÑEZ ATENCIO, Lautaro y Tom DILLEHAY. 1973. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad de Chile. Antofagasta.
- OFICINA NACIONAL DE EVALUACIÓN DE RECURSOS NATURALES (ONERN). 1976. *Inventario Evaluación y Uso Racional de los Recursos Naturales de la Costa: Cuencas de los Ríos Moquegua, Locumba, Sama y Caplina*. Vol. 1. Lima.
- PAUCAR, Julio. 1985. *Geografía e Historia de Ilabaya*. Tacna.
- PEASE, Franklin. 1962. Las relaciones entre las tierras altas y la costa sur del Perú. Fuentes Documentales (versión ampliada de Pease, 1980). En *Estudios Etnográficos del Perú Meridional*: 193 - 221. Universidad de Tokio, Japón.
- PEASE, Franklin. 1964. *Relaciones entre los grupos étnicos*

de la Sierra Sur y la Costa: continuidades y cambio. Tokio.

PEÑAHERRERA DEL ÁGUILA, Carlos. 1988. Geografía física del Perú. En *Gran Geográfica del Perú*, Tomo I. Ed. Manfer, Juan Mejía Baca. Lima.

PODESTA, M. Mercedes. 1985. Arte Rupestre en asentamientos de cazadores y agroalfareros en la puna sur Argentina: Antofagasta de la sierra, Catamarca. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XVII 1. Buenos Aires.

RAVINES, Rogger. 1986. *Arte Rupestre del Perú: Inventario General*, Instituto Nacional de Cultura. Lima.

SILVA SANTIESTEBAN, Fernando. 1973. Antropología: Conceptos y Nociones Generales. Universidad de Lima, 1ra. Edición, Lima, Perú.

SQUIER, George. 1985. *Un viaje por tierras Incaicas, crónicas de una expedición arqueológica (1863 - 1865)*. Buenos Aires.

STANISH, Charles. 1990. Economías agrarias post-Tiwanaku en la cuenca del río Moquegua. En *Trabajos Arqueológicos en Moquegua, Perú*. Vol. 2. Programa Contisuyo. Ed. Escuela Nueva, S.A. Lima.

TRIMBORN, Hermann. *Investigaciones arqueológicas en los valles de Caplina y Sama (Dpto. de Tacna)*. Ed. Verbo Divino, Estella Navarra, España.

UHLE, Max. 1919. La Arqueología de Arica y Tacna. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos* 1 - 48.

Figuras

(quilcas de Turulaca)



Bloque No. 7. Largo 7.00 metros, Alto 3.70 metros.



Bloque No. 13. Largo 10.50 metros, Alto 6.00 metros.
Panel con vista al Este.



Quilcas (detalle) del Bloque No. 13.



Bloque No. 9. Largo 5.50 metros, Alto 4.00 metros.
Panel con vista al Norte.



Quilca con diseño circular (detalle) del Bloque No. 9.



Quilca con diseño zoomorfo (detalle) del Bloque No. 10.